

## Marko

## Político

## TERRORISMO: ¿MAL DEL SIGLO?

“

Mal del siglo”, “cáncer contemporáneo” lo llaman así en abstracto los portavoces de la derecha. Fatalidad que se abate sobre los inocentes paraísos capitalistas sin que nadie sepa bien por qué. Destino trágico, especie de locura ante la cual

“la parte sana” de la sociedad tiene que defenderse y frente a la cual el Estado, encarnación de esa parte sana, tiene que recurrir, a su pesar, a la violencia.

Pero a estas alturas no se necesita ser muy avisado para notar que el terrorismo florece en un momento determinado de la historia y en cierto tipo de sociedades.

Desde sus antecedentes anarquistas clásicos, el terrorismo surge en situaciones de alta tensión social: Durante la autocracia zarista, por ejemplo. Situaciones en las cuales la sociedad civil es asfixiada por el Estado; o en las cuales la clase dominante, corroída por la corrupción y sus contradicciones internas, es incapaz de ofrecer un proyecto que le permita conservar la hegemonía, como en la Italia actual.

Puede suceder que estando incluso satisfechas las demandas económicas de gran parte de la población, la clase dominante carezca del aliento para ofrecer un proyecto de vida, una alternativa ideológica y moral reduciéndose a la satisfacción filistea de las necesidades estomacales y consumistas del conjunto, como sucede en Europa Occidental.

Para explicarse por qué compartiendo estas características, en algunos países cunde el terrorismo y en otro no, hay que tener en cuenta también las tradiciones culturales y el perfil social particular. Porque el terrorismo, clásicamente, no es la respuesta de clases básicas: Obreros, campesinos, sino de la pequeña burguesía, especialmente intelectual, propensa al individualismo, a la utopía, a la impaciencia, a sentirse la encarnación del destino social y autoproclamarse vanguardia iluminada y salvadora.

El terrorismo es la respuesta desesperada, impotente, de aquellos grupos incapaces de lograr que su proyecto sea aceptado por las mayorías. Implica, en el fondo, un profundo desprecio por las masas, protagonistas de cualquier transformación social.

En nuestro país no existe una tradición significativa de violencia individual, sino una muy antigua tradición colectiva, comunal que en buena medida nos inmuniza contra el terrorismo.

Aquí, la violencia aislada parece ser más bien, a todas luces y en la mayoría de los casos, una clara provocación montada para servir de pretexto a una clase dominante incapaz de solucionar los problemas y conflictos sociales dentro de cauces institucionales y que busca resolverlos por la fuerza bruta.

En una situación internacional en que el capitalismo en decadencia se siente acorralado y recurre cada vez más a la violencia descarnada, la izquierda tiene ante sí la grave responsabilidad de convertirse en abanderada de la lucha por los Derechos Humanos, considerados como conquista de la humanidad y enmarcados dentro de la lucha por la democracia socialista.

Y tiene, además, el deber de mantener su unidad, forjando un proyecto social que gane a las amplias mayorías, evitando que cunda el derrotismo. Su división sería caldo de cultivo para el surgimiento de grupos desesperados. La unidad es su fortaleza para cerrarle el paso a la nefasta provocación que están montando las fuerzas reaccionarias y para ganar autoridad moral y política frente a una derecha que se desdibuja y pierde aceleradamente su hoja de parra seudodemocrática (Carlos Iván Degregori).